



La fachada de una de las casas asaltadas, con las huellas del tiroteo.

la cámara, están escondidos dos amigos de Franco: Juan López Fernández y Pelayo Orejón.

—¡Abree!

Empiezan a descargar hachazos en la puerta.

—¡Abree!

La puerta cede, y un turbión de hombres se precipita dentro y dispersa al medroso corro de mujeres y chiquillos.

—¡Sal!—le ordenan a Franco, que sigue en la cama.

El hombre se alza con trabajo.

—¡Sal!—le gritan—: es para tomarte declaración.

El sonríe amargamente. No se hace ilusiones sobre su suerte.

—¡Declaración! ¡Buena declaración me vais a tomar!

Uno de los parientes de las víctimas contando a los diputados señores Cobrera y Piñuela los sucesos.



Otilia Coronado, la viuda de Liborio y otros familiares de las víctimas de los sucesos.

ros, está en cama. La puerta de la casa está cerrada. Son las ocho y media de la mañana. El grupo empieza a aporrear la puerta.

—¡Abre!

—¡Abre, criminal!

Dentro nadie responde. Franco está postrado por la fiebre, y apenas oye ni entiende. Las mujeres y los chiquillos de su familia, acurrucados en un rincón

Se viste lentamente, penosamente. Desde fuera le ven que está tratando de ponerse los calcetines.

—Anda pronto; los calcetines ya no te hacen falta.

Sale dando traspies, y se queda inmóvil contra las tapias de la casa, mirando, casi sin verlo, al grupo de furiosos que le encañona con sus escopetas y sus pistolas.

—Anda, flamenco; dinos algo ahora—le gritan.

Suena una descarga.

Franco, recostado en la pared, se bambolea, pero no cae todavía.



«Venían por allí con pistolas, hachas, escopetas...»

cen una descarga sobre él y el hombre cae. La muchacha se precipita a ampararlo:

—¡Padre!... ¡Padre!...

Los que han hecho fuego se acercan, la apartan violentamente, agarran a Morcillo de los brazos y lo incorporan un poco. Después, retrocediendo unos pasos, hacen otra descarga sobre él.

—¡Padre!... ¡Padre!...—sigue gritando la muchacha.

LA MUERTE DE AURELIO FRANCO

En la calle de Santa Ana está la casa de Aurelio Franco, el que ha herido al carnecero. Franco, al que el carnecero ha dado, por su parte, unos ti-